LA REORGANIZACION DE EUROPA

A.P.C.E.
SIG.: 1.2h/1420

Por CARLOS ESPLA

nº 279

UNA PROPUESTA DE UNIDAD ECONOMICA

ENTRE temores de guerra y anhelos de restauración, Europa va haciendo frente a sus arduos, complicados problemas. Problemas económicos, militares, políticos, orgánicos, que afectan a la vida misma del Continente. Una serie de reuniones y conferencias celebradas últimamente en París han dado actualidad periodística a todas esas cuestiones.

Primero fué el administrador norteamericano del Plan Marshall en Europa, Paúl G. Hoffman, quien hizo ante el Consejo gubernamental de la Organización para la Cooperación Económica Europea una apremiante recomendación para la "integración económica" de aquel Continente. Hoffman abogó por una serie de medidas para suprimir entre los países europeos las barreras aduanales, comerciales y monetarias, y poder formar una unidad de producción y de libre intercambio entre todos los países de la Europa occidental.

Para un norteamericano resulta, en efecto, incomprensible que un viajero no pueda recorrer sobre el suelo de Europa la distancia que hay, por ejemplo, entre Wáshington y Nueva York, sin tener que cruzar tres o cuatro fronteras nacionales. Y lo que para el viajero constituye una verdadera complicación de pasaportes, visados, permisos, interrogatorios, declaraciones, registros, etc., agravado todo ello por las dificultades en el cambio de las distintas monedas, para el comercio tal fraccionamiento establece cortes mortales. Así ocurre que, aun habiendo alcanzado todos los países del occidente europeo —excepto Alemania— un índice de producción industrial que supera al de antes de la guerra, el comercio intereuropeo, en cambio, no ha llegado todavía a las cifras de 1938. Más que un Continente, Europa, vista por un nortemericano, ha de parecer un archipiélago de islas económicas.

Paul G. Hoffman habló de la "integración económica" al exponer ante los representantes europeos las previsiones de aplicación de la ayuda del Plan Marshall en los próximos años hasta 1952, en que debe cesar ese sistema de cooperación económica. El administrador norteamericano ha propuesto que el Consejo de Cooperación Económica se ocupe de "integrar", de unir económicamente los países europeos. El ejemplo de su propio país sirvió para alentar esa labor. Los cuarenta y ocho Estados de la República del norte forman, como se sabe, una unidad económica, y sus 140 millones de habitantes son 140 millones de clientes de la propia producción y del mismo comercio. A ello atribuye Hoffman la prosperidad de los Estados Unidos. ¿Por qué no intentar lo mismo en Europa? Lo que el delegado norteamericano presentaba a los europeos era la posibilidad de un mercado unido de 270 millones de consumidores: algo así como descubrirles un nuevo continente poblado por todos esos posibles clientes.

Muchos de los ministros de Hacienda y Economía de los países europeos interesados encuentran la idea excelente. Aunque no ha faltado, naturalmente, quien se alarme ante el proyecto. Para sir Stafford Cripps, por ejemplo, la unidad económica de Europa es deseable sólo en tanto no perjudique la unidad económica de la comunidad británica de naciones o de los países del área de la esterlina.

Una vieja organización económica no se modfiica ciertamente de un día a otro ni sin vencer grandes resistencias.

ALEMANIA Y EL CONSEJO EUROPEO

Contra la unidad económica y política de Europa conspiran muchos factores. En primer lugar ese complejo, que se observa principalmente en Francia y que combina simultáneamente el necesitar y el temer, al mismo tiempo, a Alemania; más concretamente, a la Alemania occidental. La admisión de ésta en el Consejo Europeo ha sido el punto principal examinado en las reuniones de París después de la iniciativa de Paul G. Hoffman. Tal admisión ha sido aprobada ya por la "pequeña asamblea" de la organización federal europea y aceptada en principio por los ministros de Relaciones Exteriores de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, más los de Benelux.

Es éste un asunto ligado al estatuto definitivo del régimen de Bonn con relación a las potencias victoriosas en la pasada guerra, y, por lo tanto, al tratado de paz, todavía por hacer. Hay un deseo y aun una necesidad de reincorporar la Alemania occidental a la activa colaboración europea. Alemania debe contribuir, sin duda, a la restauración de Europa al mismo tiempo que a su propia restauración. Mas, para ser un elemento importante en un conjunto de fuerza y de prosperidad, como se aspira a que sea la Europa unida, Alemania ha de ser a su vez fuerte y próspera. Esto es precisamente lo que temen no pocos europeos, sobre todo los franceses. De ahí nacen las dificultades para conciliar los puntos de vista de las grandes potencias. Estados Unidos e Inglaterra, con una visión clara de la amenaza que pesa sobre Europa, proponen ayudar el restablecimiento de Alemania procediendo para ello, en primer término, a limitar el desmantelamiento industrial de Alemania para el pago de reparaciones. Francia contempla, en cambio, el peligro del potencial industrial de Alemania, que puede convertirse, en cualquier momento, en potencial bélico. Pero, desde el punto de vista norteamericano, de lo que se trata es, en efecto, de poder aprovechar algún día la potencia bélica alemana contra una eventual agresión desde oriente.

Para disipar los temores franceses, el canciller de Alemania occidental, Konrad Adenauer, ha ofrecido ciertas garantías como la participación de Francia en el capital de las grandes industrias alemanas hasta en un 40%. De ese modo Francia podría fiscalizar los planes industriales germánicos y evitar cualquier propósito bélico.

En hallar la fórmula de un acuerdo francoalemán está la clave de la unidad europea, sin la cual Europa se verá acaso empujada a la guerra, como ha profetizado Hoffman. Pero esa misma unidad encuentra su mayor obstáculo precisamente en el temor a la guerra, en la amenaza militar que sobre ella se cierne.

PLANES MILITARES

Al mismo tiempo que se habla de levantar barreras comerciales y financieras entre los países europeos, se habla también de levantar más aún las barreras defensivas de la Europa occidental unida. Y estos días se ha atribuído al secretario de Estado norteamericano, Dean Acheson, una declaración hecha a los ministros de Relaciones Exteriores de Inglaterra y de Francia en el sentido de fijar esa barrera militar de Europa en el río Elba, límite entre las dos Alemanias. Así la barrera militar, que técnicos militares norteamericanos anunciaban como posible únicamente en los Pirineos, se traslada ahora a la Europa central. La barrera de los Pirineos daba por supuesta el aniquilamiento del Ejército francés. La barrera militar en el Elba da por supuesta la reorganización militar alemana. En cualquier forma, siempre es el mismo patético dilema para Europa.

La iniciativa de Acheson llevaría consigo una ayuda a Francia para aumentar su Ejército a treinta divisiones, en tanto que Alemania sólo dispondrá de tres. A Francia se le ofrece, pues, otra vez —ésta con la Alemania occidental— la pesada misión de ser el centinela armado de Europa.

Así, pues, en la situación actual del mundo, no parece posible hablar de restauración económica sin hablar al mismo tiempo de obligaciones militares. Ni de unidad comercial y aduanera sin referirse también a unidad de defensa.

Al hacer Acheson esta propuesta ha expuesto tanto los motivos de inquietud en Europa por las amenazas de guerra, como los motivos de esperanza que inspira un plan de reorganización económica.

Y así también, mientras los ministros de Hacienda de los países interesados en el Plan Marshall oyen a Paul G. Hoffman su apelación a la unión económica, y los ministros de Relaciones Exteriores de Francia, Inglaterra y Benelux examinan con el de los Estados Unidos la participación de Alemania en esa reorganización de Europa, los ministros de la Guerra de Francia, Inglaterra e Italia, se reúnen asimismo para crear en París el organismo de defensa militar del Mediterráneo, ajustado a las disposiciones del Pacto del Atlántico.

Unidad económica, unidad política, unidad militar. Todo se traba y enlaza en forma tal, que el pobre europeo, espectador ingenuo de tantas reuniones y conferencias, no acierta a descifrar si, en efecto, Europa está trabajando para su reorganización o, forzada por las circunstancias, está preparando su futura destrucción.